

## Se nos queman los papeles: violencia colectiva y prácticas políticas de sectores populares tras la quema de bibliotecas en Francia\*

*Gamallo, Leandro - leandrogamallo@gmail.com*

Facultad de Ciencias sociales, UBA – CONICET – IIGG

¿Qué podemos decir de aquello que nos horroriza? ¿Cómo nombrar lo que nos repele? ¿Por dónde buscar claves de inteligibilidad para entender un “crimen inaudito”? Entre 1998 y 2013 se quemaron en Francia 75 bibliotecas.

A pesar de la frecuencia inusitada de este tipo de acontecimientos, un estrepitoso silencio ha permanecido sobre los incendios. Los hechos nunca fueron oídos por los dirigentes políticos locales, los medios de comunicación o las ciencias sociales; como si el carácter “inaudito” (no escuchado) de las quemaduras de bibliotecas atribuido por Víctor Hugo en el poema referido por Merklen<sup>1</sup> fuera reproducido en la literalidad más absoluta de la palabra por los actores con capacidad legítima para “hablar”. Si desde la política y los medios de comunicación los hechos fueron condenados al olvido o al repudio moral,<sup>2</sup> el silencio de las ciencias sociales ante la violencia colectiva pretendía evitar estigmatizaciones a cambio de comprender lo que esos acontecimientos estaban expresando. Elevado precio que Merklen no está dispuesto a pagar porque su punto de partida sostiene lo contrario: sólo desde la comprensión de estos hechos como acontecimientos políticos podremos realmente dotar de sentido las acciones colectivas de violencia, eludiendo cualquier juicio de valor condenatorio sobre las mismas.<sup>3</sup>

---

\* Reseña sobre: Merklen, Denis. *Bibliotecas en llamas*. Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016. 432 págs.

<sup>1</sup> Merklen refiere en el capítulo tres al poema *À qui la faute?* (¿De quién es la culpa?) de Víctor Hugo, en el que se muestra un diálogo entre el poeta y un “miserable” que ha incendiado una biblioteca durante las revueltas de la Comuna de París. La escena presentada termina con el “miserable” admitiendo: “No sé leer”.

<sup>2</sup> Como muestra Merklen a lo largo de su libro las reacciones de la dirigencia política francesa fueron desde sostener la excepcionalidad de los hechos y remitirlos a una simple anécdota hasta la condena frontal por parte del entonces ministro Sarkozy que llamó a los atacantes como “escoria”.

<sup>3</sup> Como reconoce en la introducción: “El rol del sociólogo es tratar de observar a través de lo que nos horroriza, situar lo inaceptable en el centro de la reflexión” (2016:30).

De esta manera, Merklen se propone escuchar estos episodios en un sentido hermenéutico y sociológico, es decir, aprehendiendo el sentido de las acciones y los múltiples significados y efectos que los incendios tienen para diversos actores de los barrios populares de las periferias urbanas francesas. Esa “escucha” no será sencilla. Habrá que rastrear lo que estas revueltas dicen sin expresar ninguna consigna, demanda o reclamo. En efecto, los ataques no se realizan en el nombre de ninguna bandera o ideología. Más aún: no se producen como medio para obtener ningún fin, como podría ser la quema de libros en el marco de un acto de censura. Sin embargo, sostiene Merklen, las revueltas francesas “dicen” bastante, sólo hay que escucharlas y saber interpretarlas. Así, pues, el sociólogo nacido en Uruguay cambia la orientación de los interrogantes, ya no dirigidos hacia el porqué de los hechos, sino hacia su significado: ¿Qué quieren decir los que queman? ¿Cuáles son los “mensajes de piedra y fuego” que transmiten? ¿Qué sentido tiene la violencia para aquellos que la perpetran? Nuevamente: Merklen “escucha” a los jóvenes de los barrios suburbanos de París que queman bibliotecas. Pero no con la ingenuidad periodística de quien “hace hablar” introduciendo un micrófono; sino a partir de la agudeza sociológica que implica incorporar testimonios y prácticas en una compleja red de conflictos entre múltiples actores con una historicidad de la que Merklen da cuenta de manera exhaustiva. Como el propio autor reconoce, la inscripción de estas violencias colectivas en un marco de relaciones conflictivas entre vecinos e instituciones estatales tal vez no nos haga llegar a las causas últimas de la violencia (¿Es posible conocer exactamente las razones de ello?), pero nos proporcionará un acercamiento al contexto en el que esas violencias tienen sentido.

Resultado de una larga investigación que le permitió a Merklen acceder a su “habilitación” en la academia francesa, el libro presenta una disposición “caleidoscópica” según la cual el objeto es presentado a partir de múltiples “puntos de vista”, relegando una presentación cronológica o analítica del problema. Por esta razón, su lectura es fluida pero compleja, en la medida en que se van dando varios rodeos sobre el objeto, produciendo una especie de explicación “en capas” que se torna apasionante.

Merklen realizó un trabajo de campo etnográfico entre 2006 y 2011 en algunos de los municipios que conforman la periferia norte de París (Plaine Commune), territorio suburbano gobernado por alcaldes pertenecientes al Partido Comunista Francés y especialmente castigado por los incidentes violentos. Las bibliotecas municipales, instituciones diseñadas con la misión de disputarle el ocio a las industrias culturales hegemónicas y socializar en un marco cultural alternativo a los sectores obrero-populares que viven allí, son atacadas por el público que debería usarlas, más bien “disfrutarlas”, como suelen remarcar los bibliotecarios. La perplejidad aumenta a medida que nos acercamos. Muchas de las bibliotecas de esos municipios, conectadas en una red integral, sufrieron un proceso de profesionalización y modernización que transformó su inserción en los barrios y trastocó su propia identidad, dado que pasaron de ser bibliotecas a “mediatecas”, ofreciendo materiales en soportes audiovisuales e informáticos con el fin de acercarse más y mejor a los potenciales lectores.<sup>4</sup> Sin embargo, las bibliotecas están en los barrios, pero son muy poco frecuentadas. Sólo el 10% de los vecinos concurren contra el 20% del promedio francés. Como reconoce rápidamente Merklen, la falta de lectores y las destrucciones son las dos caras de una misma moneda. ¿Qué se ataca? ¿Qué representa una biblioteca para estos barrios? Si, como todo parece indicar, resulta una institución indiferente (“desapercibida”) ¿Por qué se la elige como blanco de las destrucciones?

Merklen encuentra una distancia. Una ajenidad verificada en sus reiteradas visitas a las bibliotecas.<sup>5</sup> Un conflicto que opera sobre la transformación de las clases populares y su relación con la cultura escrita; la cual aparece, a los ojos de los habitantes de los suburbios, como el camino para acceder al trabajo y/o a los recursos controlados por el Estado. En territorios en los que el 38% de los mayores de 15 años abandona la escuela y

---

<sup>4</sup> Merklen narra también una transformación previa, la que da cuenta del paso de las bibliotecas populares ligadas a los partidos políticos y la cultura militante de izquierda, a las bibliotecas municipales dependientes del Estado. Esta profesionalización las fue alejando de la “cultura popular” a medida que se agudizaba el proceso de desafiliación con respecto al mundo del trabajo. Merklen argumenta cómo, por ejemplo, instituciones como las iglesias barriales cumplen mejor la tarea de acercamiento, construyendo una comunidad con un horizonte de acción en común.

<sup>5</sup> El autor realizó entrevistas en profundidad a 75 bibliotecarios de diversas instituciones de la periferia norte de París. En su narración, presenta estudios de caso que muestran paradigmáticamente los conflictos que se quieren mostrar (el incendio de la biblioteca “Gulliver” en Saint Denis, el caso de la biblioteca “Jules Vallès” en Stains, entre otros).

en los que otro gran número no podrá ingresar al mercado de trabajo a pesar de tener los diplomas correspondientes, las instituciones educativas que encarnan la cultura escrita son percibidas como excluyentes. Como describe el propio Merklen, “la llave que abre o cierra las puertas de la salvación la tiene el manejo de la escritura y de las formas del saber asociadas a ella. Muchos ven un futuro cancelado porque controlan mal las reglas ortográficas y de la gramática, muy numerosos son también los que, aun manejando correctamente la escritura, se sienten impotentes frente a las puertas del mercado de trabajo” (2016: 35). Así, pues, los conflictos entre los vecinos y la biblioteca se inscriben en el lugar que tiene la palabra escrita para los sectores populares: a diferencia de los años en que constituían un espacio de socialización política y ascenso social, la escuela y las instituciones educativas aparecen hoy para muchos como el emblema de una exclusión. Si los libros eran antes la vía para el acceso a la cultura de los obreros ahora son el símbolo de una distancia social infranqueable para los jóvenes pobres de los suburbios. Antes, el medio para emanciparnos; ahora, el reflejo de nuestro fracaso; el libro -y todo lo que este objeto representa- ya no es percibido como medio para la superación y/o liberación individual y social, sino como el sustrato sobre el cual se comprueba la frustración escolar y la consecuente exclusión social.

Ahora entendemos por qué los jóvenes ven en la biblioteca al “ellos” del par conflictivo. A pesar de la pretensión universalizante e inclusiva, las bibliotecas ocupan una posición parcial en el campo educativo y así son percibidas por los jóvenes de las cités HLM. A sus ojos son las representantes de un grupo social adversario. Como afirman explícitamente, es su biblioteca (la de aquellos que han logrado ser exitosos y manejan ciertas reglas de la cultura escrita), no la nuestra. Las piedras que se arrojan rompen (o deberían romper) la ilusión de la biblioteca como una institución neutral que da oportunidades para que los individuos aumenten su capital cultural e intelectual y transiten con éxito las distintas fases de su socialización. Esa fantasía republicana (la biblioteca como “acceso a la cultura”) es acribillada por los proyectiles de los jóvenes que una y otra vez caen sobre ella.

En definitiva, lo que los jóvenes desprecian es la cultura hegemónica que los excluye y sus valores sagrados encarnados en la alianza entre profesionales, educadores, dirigentes políticos e intelectuales. Por esta razón, el “ellos” es algo mucho más grande que las bibliotecas, aunque éstas sean el objeto privilegiado de los ataques en razón de su sacralidad. La violencia colectiva opera, entonces, además, sobre la crisis de representación política en la Francia contemporánea, crisis evidenciada en la altísima proporción de abstención en los comicios y, sobre todo, en la construcción de una división cultural, política y moral entre nosotros (la sociedad) y ellos (los políticos y las instituciones públicas). Por esta razón, bibliotecas incrustadas en el corazón del “cinturón rojo” (los municipios de la periferia parisina gobernados por el PC francés) son percibidas igualmente ajenas. En uno de los pasajes memorables del texto, Merklen reproduce un testimonio de una bibliotecaria que, azorada, le relató la amenaza lanzada por un joven en la antesala de la elección presidencial de 2007: “Si gana Sarko, les quemamos la biblioteca”. Esta escena tal vez condense mucho de lo que Merklen quiere decir con este libro, porque, por un lado, muestra que la construcción del “ellos” que se opone al “nosotros” incluye a buena parte de las instituciones estatales, partidos políticos, dirigentes, etc. En la mirada de muchos habitantes de estos barrios el Partido Comunista francés forma parte del “ellos”, a pesar de que los bibliotecarios y los alcaldes son férreos opositores al gobierno nacional. Y, por otro, expone de manera evidente la politicidad de las acciones expresadas como ataques dirigidos hacia “ellos” en situaciones puntuales.<sup>6</sup> De este modo, debemos entender los hechos violentos como un “mensaje” que se inscribe en el marco de una economía de relaciones conflictivas entre los barrios y el Estado, en el que las bibliotecas parecen ocupar un rol singular. Es necesario leer dichos mensajes para reconstruir los episodios en una clave productiva. Si los escucháramos, advierte Merklen, podríamos interrogarnos acerca del tipo de intervenciones que las instituciones tienen en los barrios.

A pesar de que el trabajo de campo de Merklen no abunda en testimonios de jóvenes atacantes, el autor se las arregla para mostrar los diversos efectos que la

---

<sup>6</sup> Muchos de los episodios de violencia colectiva se producen luego de que agentes de las fuerzas de seguridad asesinen a vecinos de barrios periféricos.

biblioteca tiene desde el punto de vista de los jóvenes. Para ellos, la biblioteca actúa en dos sentidos provocadores y amenazantes. Por un lado, impone conductas en su interior que, a pesar de la mirada condescendiente de los bibliotecarios que entienden a la biblioteca como un espacio de placer opuesto al lugar obligatorio de la escuela, tienen un efecto disciplinario sobre los jóvenes.<sup>7</sup> Las autoridades describen permanentemente esas “malas conductas” (desde hacer ruido y hablar fuerte hasta hablar en otro idioma, pasando por el uso de vestimentas “inadecuadas”) que, paradójicamente son percibidas como “violencias” desde el punto de vista de los bibliotecarios, a pesar de que no se registren agresiones a personas durante el período estudiado. El conflicto empieza a cobrar forma en toda su dimensión. Las formas de habitar la biblioteca por parte de los jóvenes son percibidas como “violentas” por los trabajadores del lugar, quienes reprenden a los usuarios imponiendo formas de hacer y estar determinadas. Estas imposiciones son, a su vez, sentidas como una provocación por los jóvenes que ven a la biblioteca como una institución autoritaria y “adormecedora”. Por otro lado, de manera más indirecta, los jóvenes ven en estos modos que tratan de imponerse una amenaza a la conformación del grupo que les otorga identidad y que, muchas veces, es “todo” lo que tienen. Este carácter “desocializante” de las normas institucionales es percibido de manera brillante por Merklen, quien además incorpora al análisis las discusiones de la teoría social acerca de los procesos de individualización del último siglo. De este modo, la institución instaura un ritual tendiente a disgregar a los vecinos de la típica sociabilidad grupal de “joven suburbano”, en la medida en que desliga a los individuos de sus grupos de referencia y los compromete en procesos de individualización que los vuelven un joven “exitoso”: buen lector, buen estudiante con buenas calificaciones y un futuro seguramente afuera de esos grupos y fuera de esos barrios. Los jóvenes perciben, acertadamente, que ser un buen usuario de las instalaciones y “comportarse bien” significa romper lazos colectivos al interior de los grupos y profundizan el alejamiento.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Llama la atención la escasa referencia a la noción de disciplina a lo largo del texto.

<sup>8</sup> Resulta interesante cómo las prácticas culturales de los sectores populares ofrecen muchas veces una resistencia a los procesos de individualización. Como afirma Merklen en otro lado: los sectores populares están “condenados” muchas veces a la agrupación y a la participación.

En un movimiento ambiguo, los habitantes de los barrios relegados reclaman el ingreso y la inclusión de las instituciones en los barrios y de ellos en las instituciones; mientras que denuncian la imposición y el intento disciplinario que ellas conllevan. ¿Son reaccionarias las oposiciones populares a los intentos de penetración institucional? Tal vez sea mejor pensarlas, como lo hace Merklen, como un esfuerzo de los sectores populares por tener y sostener una experiencia y un punto de vista propios que los ayude a conformar un “nosotros”. En la lucha por sostener esa identidad colectiva deben enfrentarse a “ellos”, la “clase” política, las instituciones estatales, las bibliotecas.

Merklen vuelve en este libro a un tema recurrente en sus investigaciones, es decir, sobre las formas de expresión política de ese actor fragmentado y heterogéneo como lo son los “pobres” de los suburbios contemporáneos. Específicamente en el último capítulo el autor retoma la tarea compleja e interminable de precisar los contornos de ello que él llama “sectores populares”, algo que deshecha de plano en las últimas líneas con un argumento contundente y desafiante a la luz de nuevas investigaciones: cuanto más se acerca el investigador a los sectores populares más fragmentados se le aparecen. De este modo, quedan abiertos numerosos interrogantes: ¿Cuáles son los efectos de este tipo de politicidad popular? ¿Van en el sentido de la cohesión grupal y social o en el sentido de la fragmentación al interior de los sectores populares y de la sociedad entera? Una lectura merkleana tal vez afirmaría que las consecuencias de los actos parecieran ir en el sentido de la fragmentación, no sólo por la ausencia de análisis que hagan de estos hechos acontecimientos productivos, sino porque la violencia colectiva agudiza la respuesta estigmatizante y represiva del Estado. En este sentido, el reconocimiento de los ataques como un forma instalada en el repertorio de acción de los sectores populares franceses (y, por tanto, de su politicidad) no debería obturar la posibilidad de realizar una crítica aguda de estos hechos que les permita a estos actores encontrar formas de participación menos disruptivas pero más integradoras.<sup>9</sup>

En el marco de este número de Entramados... dedicado a reflexionar sobre la sociología en nuestro país, estas breves líneas pretenden comentar y difundir esta

---

<sup>9</sup> En este sentido, resulta sugerente también interrogarse acerca de otras formas de acción colectiva alternativas seguramente presentes en dichos territorios.

extraordinaria investigación en nuestro medio. Sabido es que Denis Merklen forma parte de una generación de sociólogos formados en nuestras aulas durante la “refundación” de la carrera en los años 80 que fueron testigos de transformaciones sociales y disciplinarias de largo aliento. A mitad de camino entre los “padres fundadores” de nuestra disciplina en el país, testigos de una sociedad que ya no existe, y las nuevas camadas de sociólogos formadas en el contexto de profesionalización de la investigación, Merklen se responde con rigurosidad preguntas relevantes para la discusión pública y política. La agudeza y la sensibilidad de Merklen nos abren nuevos interrogantes teóricos e investigativos y nuevos horizontes políticos en la búsqueda siempre urgente de la constitución de un sujeto político protagonista de procesos de cambio social emancipatorios.

“¿Qué libro podrá ir a buscar en sus estantes un bibliotecario para comprender por qué esos individuos que él llama jóvenes y a quienes intenta ayudar le lanzan bombas inflamadas que inevitablemente van a mancillar lo que hay de más sagrado para el?” (2016: 278) se pregunta Merklen en el capítulo 5. Es evidente que el libro en cuestión es el suyo (si es que aún no ha sido quemado).